

escena cuidadosamente cada detalle *sui generis*. Desfilan por estas páginas la “Ley contra la Vagancia” de 1971 (336), el quinquenio gris e, incluso, llegamos a presenciar un juego de béisbol en el que la simbología de los bates permite desplegar todo un escenario político en *Llévame a la pelota* de Freddy Artiles (122). Otro acápite resume en su título parte del espíritu de la época y la lucha contra bandidos con sus ajusticiamientos públicos: “Bajad a este, necesitamos el árbol para otros” (123). Asimismo, aparece un sol “comprometido” con la causa revolucionaria en una obra de Tito Junco, prueba evidente de un cierto animismo del teatro cubano (132). A lo que se suma el extraño y particular bestiario de este teatro premiado (163).

Todas estas obras fueron legitimadas por los concursos y estos a su vez por las obras. En un sentido bidireccional: obras y premios se retroalimentan y hablan de una casi quintaesencial conexión entre teatro y Revolución. El autor termina reconstruyendo una imagen global de la escena nacional y continental. Lo que se propone como la disección de los galardones termina por convertirse en un ejercicio cartográfico, anatómico, exhibicionista.

Gelsys María García L.
Universidad Complutense de Madrid
gelsysmg@uclm.es

García-Huidobro, Cecilia, ed.

José Donoso. *Diarios tempranos: Donoso in progress, 1950-1965*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2016. 707 pp. (ISBN: 978-956-314-352-2)

En unos papeles inéditos, aparentes apuntes para una conferencia en Atlanta, José Donoso escribe: “Flaubert y Virginia Woolf describieron el dolor, la gloria y la dura faena que todo ello involucra, en sus cartas y diarios, con *la guardia baja*, por así decirlo” (557, el subrayado es mío). Si hay alguien que no escribió con la guardia baja, podríamos pensar, fue Donoso. Sin embargo, si bien ese término pugilístico que refiere una ausencia defensiva o, al menos una toma de conciencia de la propia vulnerabilidad, no se ajusta a su narrativa, sí podría servir de entrada a los diarios de Donoso, recientemente publicados por la Universidad Diego Portales. Sin duda, las constantes referencias de sus novelas más conocidas a máscaras, disfraces y apariencias que esconden un revés oscuro son contraseñas que esconden una personalidad mucho más compleja y rica. Y es esa personalidad la que el lector encuentra en esta compilación.

Diarios tempranos. Donoso in progress, 1950-1965 pone a disposición del lector materiales esenciales para una mejor comprensión de la vida y la obra del novelista chileno. La motivación para

realizar este tipo de trabajo, según dice la editora Cecilia García-Huidobro en la introducción, es complementar el trabajo realizado por Pilar Donoso con los diarios de su padre en *Correr el tupido velo* (Madrid: Alfaguara, 2010). Los quince primeros años de diarios íntimos no fueron abordados en la obra mencionada, por lo que este volumen vendría a llenar ese vacío. Este trabajo, sin embargo, no expone exhaustivamente las fuentes ni compila todos escritos íntimos del periodo: es una recopilación fragmentaria de aquellos cuadernos. Dice la editora: “Esta es una lectura de los diarios de Donoso, mi lectura” (50). Una lectura concienzuda, que conoce bien al personaje y su contexto, pero una lectura subjetiva, al fin y al cabo. El lector interesado en la obra de Donoso puede preguntarse, por tanto, qué quedó fuera de esta recopilación, y si habrá en curso un proyecto de publicar de manera más completa, si no íntegra, los cuadernos personales de quien fue la piedra angular de la narrativa chilena de la segunda mitad del siglo XX. Queda, por tanto, esa deuda pendiente.

La obra se compone de diez capítulos temáticos –Donoso como lector, su familia, sus viajes, etc.– que, precedidos por una contextualización de la editora, reúne fragmentos de los cuadernos depositados en la Universidad de Iowa, de 1950 a 1965 (el resto, desde 1966 en adelante, están en la Uni-

versidad de Princeton). Estos elementos hacen de *Diarios tempranos* una obra no dirigida a especialistas, sino un atractivo libro para el público general. Hay, asimismo, un anexo con tres poemas y seis cuentos que, a juicio de la editora, se encontraban bastante trabajados dentro de los diarios del autor, pero que no vieron la luz durante la vida de Donoso. Estos textos vuelven todavía más interesante este volumen.

En *Diarios tempranos* encontramos poco al Donoso neurótico, obsesivo y paranoico de *Correr el tupido velo*, pero tenemos mucho más del escritor en ciernes, al culto lector que quiere hacerse un espacio dentro de la narrativa chilena. Este Donoso íntimo ensaya una y otra vez fragmentos de sus novelas, borronea historias y personajes que irán mutando a lo largo del tiempo hasta ser, muchas veces, los personajes reconocibles en sus obras publicadas. Será, quizás, un libro menos interesante para el voyeurista, pero mucho más sugerente para quien quiera desentrañar los procesos de gestación y maduración de una obra de enorme profundidad simbólica y reflexiva. *Diarios tempranos* puede leerse como la contracara de sus novelas y cuentos: es el revés de un tapiz donde abundan los nudos ciegos y los hilos sin cortar. Aunque los temas y ambientes son los mismos que su obra –aristócratas en decadencia, marginados de la sociedad, hombres y mujeres que se

construyen desde las apariencias—, la obra tiene decenas de anécdotas que Donoso evaluó y esbozó, pero que finalmente no ocupó. O, en dos capítulos de enorme atractivo, nos muestra abundantes párrafos de borradores y apuntes que dieron forma a *Coronación* y de *El obsceno pájaro de la noche*.

El proceso creativo registrado en sus diarios tiene dos fuentes de alimentación principales. La primera, por supuesto, son sus lecturas. No por azar el primer capítulo es “He pasado el día leyendo”, que acumula referencias a títulos y autores que serán la fuente nutricia de la obra donosiana. Vida y escritura están plagadas de referencias a sus lecturas: no solo cuando está en su taller de escritura (“Agrandarlo, despoetizarlo, hacerlo categorías tipo James Gould Cozzens” (216); “Bonachón, o convirtiéndose en Buffon dos-toyevskano en sus peores momentos, tierno” (339); “Verlo Moravianamente” (363), sino también cuando describe sus encuentros con personas (“Él, un Huxley muy minimizado, pajaril y ratonil, feísimo, pero simpático, de lentes redondos” (307). La segunda fuente de alimentación es, a grandes rasgos, la sociedad chilena: su proyecto de saga familiar (algo como *Los Buddenbrook* chilena) quiere ser un retrato de los distintos estamentos de la sociedad y de sus cambios a lo largo del siglo XX.

Pero estos personajes no son los únicos que Donoso intenta plasmar

en sus relatos: muchos otros bocetos de sus diarios tienen de modelos a sus amigos o parientes. Él mismo, incluso, con sus miedos y tópicos, será objeto de escritura, pues verá aquel proceso como una búsqueda de sí mismo: “al escribir de lo que amamos [...]” —le dice a Carlos Morla Lynch en un borrador de carta que se encuentra en sus diarios— “en el fondo estamos escribiendo el más apasionado autorretrato y nos entregamos generosamente a los lectores, les enseñamos nuestro revés, cómo están amarrados los hilos de la tapicería, que es la única manera de darse cuenta si la tapicería es de buena clase o no” (297).

Un tema recurrente y central en esta recopilación es, por supuesto, su concepción de la literatura. Por un lado, la literatura como mecanismo para sortear el miedo a la muerte: “Lo único que vale la pena es dejar un testimonio, algo hecho por uno y que tenga una existencia algo menos efímera” (121). Y, por otro, su constante búsqueda de una obra auténtica y verdadera, no una literatura de tesis que sepa su punto de llegada antes de que el artista comience a escribir.

En diálogo consigo mismo, en una “intimidad sin soledad” (como llama en algún momento a sus diarios), Donoso es exigente, y su ideal de belleza está en las antípodas de la literatura comprometida o las novelas donde las ideas están por sobre los personajes:

“¿Por qué son secos estos inmensos pasteles sin dulce? Porque están escritos no con amor a algo tangible –a algo humano– sino que los autores se han enamorado de sus ideas, lo que es enamorarse de sí mismo” (69). Así, por el contrario, su afán es encontrar una literatura que contenga fuerza, grandeza y humanidad desde los personajes mismos, al modo de Faulkner. Poniendo al norteamericano como ejemplo, concluye que “si bien el cuento y la literatura de símbolo ético, Kafka, Buzzati, is all very well, la literatura que trata de llegar a una verdad a través de personajes [...] es quizás aún más grande” (74). Por medio de sus personajes el novelista construye un mundo propio, donde la idea no convence por lógica sino por su capacidad de emocionar: “los novelistas somos los seres menos abstractos de todo el mundo de los escritores. ¿Por qué? Porque nosotros no hablamos a la inteligencia directamente, a la inteligencia pura, sino que [...] llegamos a la inteligencia a través de la emoción, de eso tan específico, tan despreciado que se llama la emoción estética” (455). La más clásica poética aristotélica y los diarios de Donoso confluyen, silenciosa y discretamente, en la búsqueda de empatía por medio de personajes verosímiles en sus emociones.

Este volumen, como indica el subtítulo, se limita a sus años tempranos: en ellos Donoso publica sus primeros

libros de cuentos y su primera novela, *Coronación*, volviéndose cada vez más relevante en el escenario literario chileno. El capítulo que reúne las notas para aquella novela (“Aprontes para una coronación”) ilustra la evolución desde sus primeras ideas hasta sus comentarios más extensos de los borradores de la novela. Ese capítulo, así como el dedicado a su obra más célebre (“El pájaro en el nido”), no son estudios filológicos acabados, sino solo bocetos que interesarán tanto a un público general como a los expertos en su obra. Sin embargo, serán estos últimos quienes más esperarán una publicación exhaustiva de sus diarios (no solo los tempranos), que permita una nueva aproximación a uno de los protagonistas de las letras latinoamericanas del siglo XX.

Joaquín Castillo Vial
 Universidad de Navarra /
 Universidad de los Andes
 (BOGOTÁ, COLOMBIA)
 jcastillo.9@alumni.unav.es

Gómez Trueba, Teresa y Carmen Morán Rodríguez

Hologramas: realidad y relato del siglo XXI.
 Gijón: Trea, 2017. 316 pp. (ISBN: 878-84-9704-987-0)

Este ensayo de Teresa Gómez Trueba y Carmen Morán Rodríguez, partien-